

PQ6521

. A17

1978



M. Romero, impresor, Valverde, 40, Madrid.

POESÍAS LÍRICAS

SERENATA.

Delio á las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores;
Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
Por las flores.
Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,
Le dice Delio á su hermosa
En cantinela amorosa:
«Yo te adero.»
En el regazo adormida
Del blando sueño, presentes
Mil delicias,

En tu ilusion embebida,
Feliz te finges, y sientes
Mis caricias.
Y en la noche silenciosa
Por la pradera espaciosa
Blando coro
Forman, diciendo á mi acento,
El arroyuelo y el viento:
«Yo te adoro.»
En derredor de tu frente
Leve soplo vuela apénas
Muy callado,
Y allí esparcido se siente
Dulce aroma de azucenas
Regalado.
Que en fragancia deleitosa
Vuela tambien á la diosa
Que enamoro,
El eco grato que suena,
Oyendo mi cantinela:
«Yo te adoro.»
Del fondo del pecho mio
Vuela á tí suspiro eterno,
Con mi acento:
En él, mi Elisa, te envío
El fuego de amor eterno
Que yo siento.
Por él, mi adorada hermosa,
Por esos labios de rosa
De tí imploro
Que le escuches con ternura,
Y le oirás cómo murmura:
«Yo te adoro.»
Despierta y el lecho deja:
No prive el sueño tirano

De tu risa
A Delio, que está á tu reja
Y espera ansioso tu mano,
Bella Elisa.
Despierta, que ya pasaron
Las horas que nos costaron
Tanto lloro;
Sal, que gentil enramada
Dice, á tu puerta enlazada:
«Yo te adoro.»

Lóndres: 1823.

A UNA DAMA BURLADA.

Dueña de rubios cabellos,
Tan altiva,
Que creéis que basta el vello
Para que un amante viva
Preso en ellos
El tiempo que vos quereis;
Si tanto ingémo teneis
Que entreteneis tres galanes,
¿Cómo salieron mal hora,
Mi señora,
Tus afares?
Pusiste gesto amoroso
Al primero:
Al segundo el rostro hermoso
Le volviste placentero;
Y con dolos
Sortilegio en tu prision
Entró un tercer corazon:

Viste á tus piés tres galanes,
Y diste, al verlos rendidos,
Por cumplidos
Tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas
Diligente!

Ya tu voz al viento dabas,
Ya mirabas dulcemente,

O ya hablabas
De amor, ó dabas enojos;
Y en tus engañosos ojos
A un tiempo los tres galanes,

Sin saberlo tú, leían
Que mentían
Tus afanes.

Ellos de tí se burlaban;
Tú reías:

Ellos á tí te engañaban,
Y tú, mintiendo, creías

Que te amaban:

Decid, ¡quién aquí engañó!
¡Quién aquí ganó ó perdió!
Sus deseos tus galanes

Al fin miraron cumplidos,

Tú fallidos

Tus afanes (1).

Estos versos componen una canción que el autor puso en boca del paje Jimeno en la novela histórica titulada, *Sancho Saldaña ó el Castellano de Alar*.

A LA NOCHE.

ROMANCE.

Salve, oh tú, noche serena,
Que el mundo velas Augusta,
Y los pesares de un triste
Con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo á lo léjos
Más acallado murmura,
Y entre las ramas el aura
Eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras
Que las praderas anublan,
Y las estrellas apénas
Con trémula luz alumbran.

Melancólico ruido
Del mar las olas murmuran,
Y fátuos, rápidos fuegos
Entre sus aguas fluctúan.

El majestuoso rio
Sus claras ondas enluta,
Y los colores del campo
Se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas
Lleva el pastor con presura,
Y el labrador impaciente
Los pesados bueyes punza.

En sus hogueras le esperan
Su esposa y prole robusta,
Parca cena preparada
Sin sobresalto ni angustia.

Todos suave reposo

En tu calma ¡oh noche! buscan,
Y aún las lágrimas tus sueños
Al desventurado enjugan.

¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata
Oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros
En sí recogida gusta!

Del místico agorero buho
El ronco graznar se escucha,
Que el magnífico reposo
Interrumpe de las tumbas.

Allá en la elevada torre
Lánguida lámpara alumbrá,
Y en derredor negras sombras,
Agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata
Muestra naciente la luna,
Y las cimas del otero
De cándida luz inunda.

Con majestad se adelanta
Y las estrellas ofusca,
Y el azul del alto cielo
Reverbera en lumbre pura.

Deslizase manso el río,
Y su luz trémula ondula
En sus aguas retratada,
Que, terso espejo, relumbran.

Al blando batir del remo
Dulces cantares se escuchan
Del pescador, y su barco
Al plácido rayo cruza.

El ruisenor á su esposa
Con vario cántico arrulla,
Y en la calma de los bosques
Dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algun caserío
Se ve subir en confusas
Ondas el humo, y por ellas
Entre-clarear la luna.

Por el espeso ramaje
Penetrar sus rayos dudán,
Y las hojas que los quiebran
Hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa súa ve
Entre las flores susurra,
Y de sus gratos aromas
El ancho campo perfuma.

Ora acaso en la montaña
Eco sonoro modula
Algun lánguido sonido,
Que otro á imitar se apresura.

Silencio, plácida calma
A algun murmullo se juntan
Tal vez, haciendo más grata
La faz de la noche oscura.

¡Oh! salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi pecho,
Que en tí su consuelo buscan.

EL PESCADOR.

Pescadorcita mía,
Desciende á la ribera,
Y escucha placentera
Mi cántico de amor;
Sentado en su barquilla,
Te canta su cuidado,

Cual nunca enamorado,
Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre,
Y calla manso el viento,
Y el mar sin movimiento
Tambien en calma está;

A mi batel descende,
Mi dulce amada hermosa:
La noche tenebrosa
Tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavísimos amores
Felice te diré,

Y en esos dulces lábios
De rosas y claveles,
El ámbar y las miele
Que vierten, libaré.

La mar adentro irémos,
En mi batel cantando,
Al son del viento blando,
Amores y placer;

Regalaréte entonces
Mil varios pececillos,
Que al verte, simplecillos,
De tí se harán prender.

De conchas y corales
Y nácar á tu frente
Girnalda reluciente,
Mi bien, te ceñiré;

Y eterno amor mil veces
Jurándote, cumplida
En tí, mi dulce vida,
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,

Ni el viento proceloso,
Que al ver tu rostro hermoso
Sus iras calmarán;

Y sílfidas y ondinas
Por reina de los mares
Con plácidos cantares
A par te aclamarán.

Vén jay! á mi barquilla:
Completa mi fortuna:
Naciente ya la luna
Refleja al ancho mar:

Sus mansas olas bate
Süave, leve brisa;
Vén jay! mi dulce Elisa,
Mi pecho á consolar.

OSCAR Y MALVINA

IMITACION DEL ESTILO DE OSIAN.

(A tale of the times of old.)

LA DESPEDIDA.

Magnífico Morven, se alza tu frente
De sempiterna nieve coronada:
Al hondo valle bramador torrente
De tu cumbre enriscada
Se derrumba con ímpetu sonante,
Y zumba allá distante.
La lira do Osian resonó un día
En tu breñosa cumbre:
Tierna melancolía
Vertió en la soledad, y repetiste
Su acento de dolor, lánguido y dulce
Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.
El eco de su voz clamando «guerra».
Al rumor del torrente parecía,

Que en silencio retumba.
Aun figuro tal vez que las montañas
De nuevo esperan resonar su acento,
Cual, muda la ribera,
De las olas que tornan,
El ronco estruendo y el embate espera.
¿Dónde estás, Osian? ¿En los palacios
De las nubes agitas la tormenta,
O en el collado gira allá en la noche
Vagarosa tu sombra macilenta?
Siento tierno quejido,
Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina
Del aura entre el ruido,
Si el alta copa del ciprés inclina;
Y al resonar el hijo de la roca,
Cuando su voz se pierde
Cual la luz de la luna entre la niebla,
Mi mente se figura
Que escucho tus acentos de dulzura.
Miro el alcázar de Fingal cubierto
De innoble musgo y hierba,
Y en silencio profundo sepultado
Como la noche el mar, el viento en calma.
¿Dó las armas están? ¿Dónde el sonido
Del escudo batido?
¿Dó de Caril la lira delicada,
Las fiestas de las conchas y tu llanto,
Móina desconsolada!
Blando el eco repite
Segunda vez el nombre de Malvina
Y el de su dulce Oscar; tiernos se amaron:
Gime en su losa de la noche el viento,
Y repite sus nombres que pasaron.
Oscar, de negros ojos: en las paces
Dulce su corazón como los rayos

Del astro bello precursor del día;
Y fiero en la batalla de la lanza,
A la suya seguía
La muerte que vibraba su pujanza.
Llamó al héroe la guerra
Que el tirano Cairvar fiero traía,
Y su Malvina hermosa,
Tierno llanto vertiendo, le decía:
«¿Dónde marchas, Oscar!» Sobre las rocas,
Donde braman los vientos,
Me mirarán llorar mis compañeras:
No más fatigaré, vibrando el arco,
Por el monte las fieras,
Ni á tí cansado de la ardiente caza
Te esperaré cuidosa,
Ni oíré ya más la voz de tus amores,
Ni mi alma estará nunca gozosa.
«¿En dónde está mi Oscar!» A los guerreros
Preguntaré anhelante;
Y ellos, pasando junto á mí ligeros,
Responderán: «¡Murió!» Dice, y espira
En sollozos su acento, más suave
Que del arpa el sonido,
Al vislumbrar la luna
El solitario bosque y escondido.
«Destierra este temor, Malvina mía»,
Oscar responde con fingido aliento:
«Muchos los héroes son que Fingal manda:
Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,
Si es forzoso también; mas tú, Malvina,
Bella como la edad de la inocencia,
Vive, que ya destina
Himnos el bardo á eternizar mi gloria,
Mis hazañas oírás, y entre las nubes
Yo sonreiré feliz, y vagaroso.

Allá en la noche fría,
Bajaré á tu mansion; verás mi sombra
Al triste rayo de la luna umbría.»
Y dice, y se desprende de los brazos
De su infeliz Malvina:
A pasos rapidísimos avanza,
Y á la llama oscilante
De las hogueras del extenso campo
Brillar se ven sus armas, cual ardiente,
Rápida exhalación. Yace en silencio
El campamento todo.
Y sólo al eco repetir se siente
El crujir al andar de su armadura
Y el blando susurrar del manto ambiente.
Cual por nubes la luna silenciosa
Su luz quebrada envía
Trémula sobre el mar que la retrata,
Que ora se ve brillar, ora perdida,
Pardo bellón de nube la arrebata,
Cielo y tierra en tinieblas sepultando;
Así á veces Oscar brilla, y se pierde,
La selva atravesando.

EL COMBATE.

Cairvar yace adormido
Y tiene junto á sí lanza y escudo,
Y relumbra su yelmo
Claro á la llamarada reluciente
De un tronco carcomido,
Casi despojo de la llama ardiente,
Mitad de él á cenizas reducido

«Levántate, Cairvar», Oscar le grita;
«Cual hórrida tormenta
Eres tú de temer; mas yo no tiemblo:
Desprecio tu arrogancia y osadía:
La lanza apresta y el escudo embraza;
Alzate, pues, que Oscar te desafia.»

Cual en noche serena
Súbito amenazante, inmensa nube
La turbulenta mar de es, anto llena,
Se levanta Cairvar, alto cual roca
De endurecido hielo.

«¡Quién osa del valiente»,
En voz tronante grita,
«Ora turbar el sueño? ¡Y quién irrita
La cólera á Cairvar armipotente!»
«Vigoroso es tu brazo en la pelea,
Rey de la mar de aurirrolladas olas»,
Oscar de negros ojos le responde,

.....
Hará ceder tu indómita pujanza.»
Como el furor del viento proceloso
Ondas con ondas con bramido horrendo
Estrella impetuoso,
Los guerreros ardiendo se arremeten
Y fieros se acometen.

Chispea el hierro, la armadura suena:
Al rumor de los golpes gime el viento,
Y su són dilatándose violento,
Al ronco monte atruena.
Cayó Cairvar como robusto tronco
Que tumba el leñador al golpe rudo
De hendiente hacha pesada,
Y cayó derribada
Su soberbia fiereza.

Y su insolente orgullo y aspereza.
Mas ¡ay! que moribundo
Oscar yace también: ¡triste Malvina!
Aún no los bellos ojos apartaste
Del bosque aquel que le ocultó á tu vista,
Y del último adios aún no enjugaste
Las lágrimas hermosas.
Tú, más dulce á tu Oscar que las sabrosas
Auras de la mañana,
Siempre sola estarás: si entre las selvas
Pirámide de hielo
Reverbera á la luna;
En tu ilusion dichosa
Figurarás tu amante,
Pensando ver su cota fulgorosa:
Pasará tu delirio,
Y verterás el llanto de amargura
Sola y desconsolada:.....
«¡Ay! ¡Oscar pereció!» gemirá el viento
Al romper la alborada,
Y al ocultar el sol la sombra oscura
De la noche callada.

—
AL SOL.

HIMNO.

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
Y estático ante tí me atrevo á hablarte.
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ánsia de admirarte,
Intrépidas á tí sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,

Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol! á ti llegara
Y en medio de tu curso te parára!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
Diera también su ardor á mis sentidos;
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzara,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos,
Mirando sin cesar, los fijaria.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te via,
Y en contemplar tu luz me embebecia!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Oceano,
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vivido lanzas de tu frente el día,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envia
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,

Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¡Qué fueron ante ti! Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen,
Y al furor de Aquilon desaparecen.
Libre tú de tu cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero,
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor crujieron
Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entónces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y á otros mundos en paz resplandecías.
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,
Y toman otra vez á sucederse;
Miéntra inmutable tú, solo y radiante

¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¡Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Andaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, parenal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
Si de léjos te sigue,
No ménos anhelante te persigue.
¡Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía!!!
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estable y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,
Y allá á la eternidad también descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado,
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado,
De cien tormentas al horrible estruendo
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá: noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
Ni aun quedará reliquia de tu lumbré!!!

CANCIONES.

LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,
El mundo en sombras se vela,
El ave á su nido vuela,
Busca asilo el trovador.
Todo calla: en pobre cama
Duerme el pastor venturoso:—
En su lecho suntuoso
Se agita insomne el señor.
Se agita; mas ¡ay! reposa
Al fin en su patrio suelo;
No llora en misero duelo
La libertad que perdió.
Los campos ve que á su infancia
Horas dieron de contento,
Su oído halaga el acento
Del país donde nació.